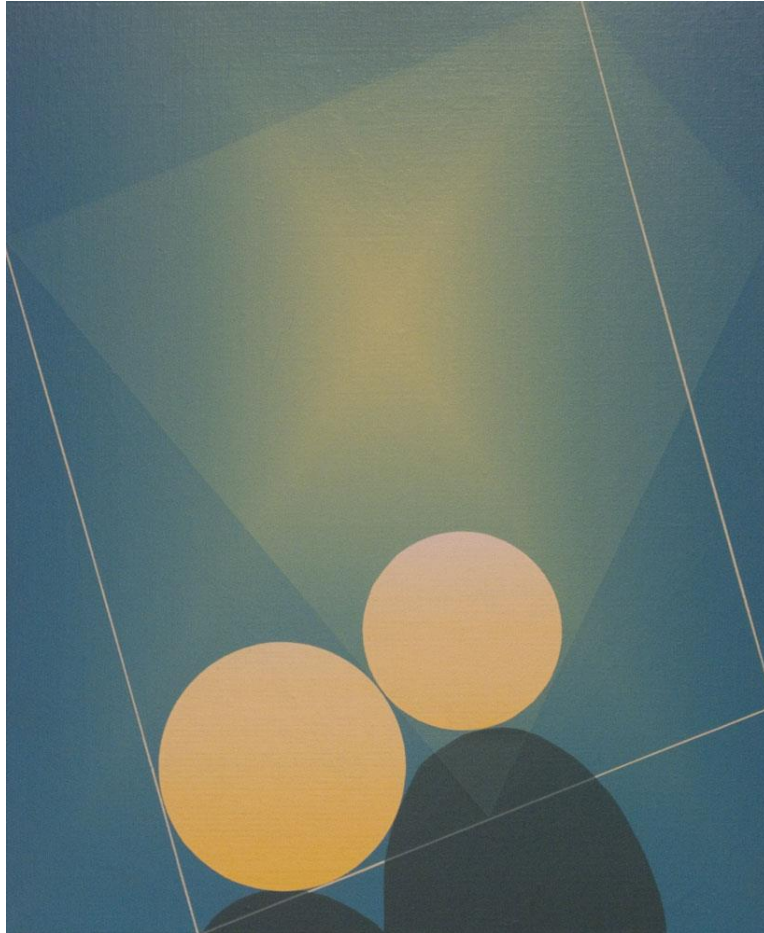


POETIC JUSTICE

(La importancia del punto tangencial)

Por ©[Julián Casado Lamoca](#)



Texto premiado en el 1er Certamen Literario

Premios de Primavera

La falúa

Aranjuez – junio 1981

Acarició morosamente el libro recibido y releyó una vez más la dedicatoria, luego, depositándolo en su regazo cerró los ojos. Entretanto, la mano tercamente independizada del gesto relajado, seguía maquinalmente acariciando. Bajo la monótona caricia, el libro adquiriría el signo cierto de una antigua pertenencia sustraída, y ahora finalmente recobrada.

Permanecía inmóvil, pensativa.

Rememoraba.

Todo a su alrededor quedó suspenso.

Luego la mecedora, paralizada un tiempo, reanudaría su vivo vaivén rítmico.

La mano, sin embargo, demoraba aún en la caricia.

Si todo hubiera sucedido de otro modo, si los reflejos instintivos, si los hábitos largamente impuestos por una educación estricta, no hubieran funcionado, entonces... ¿Acaso este libro que ahora acariciaba, hubiera sido escrito de otra manera?

Seguía acariciando sustraída a la realidad exterior, ajena al sol mediterráneo que invadía jubiloso la estancia, como si aquel libro fuera su propia obra, su pertenencia. Y ciertamente, en parte era obra suya.

Suspiró, se alzó de la mecedora, y dejando al fin el libro sobre la mesa cuajada de libros y papeles, retornó a la tarea momentáneamente interrumpida: sus clases aguardaban.

* * * *

Volvía inquieta al hotel, desasosegada, eran las doce menos cuarto de la noche. Ha estado caminando por las calles desiertas, un poco al azar, nerviosa, descontenta consigo misma, desanimada, y al final, cansada, se ha refugiado en el hotel. Aunque no tiene apetito, la fuerza de la costumbre la induce a encargar ese vaso de leche, que la une sutilmente a un hábito inveterado de su casa.

Ya en la habitación, agotada, se arroja de bruces en la cama.

-¿Qué me ha sucedido esta noche?

¿Acaso tengo yo la culpa de la situación creada?-

Se ha sumergido en un cierto sopor rememorativo. Las situaciones imprevistas la desconciertan, es tímida y medrosa ante lo desconocido; y lo ocurrido esta noche...

-¿Podía yo prever esa situación?-

Una nueva oleada de íntima culpabilidad la anega.

-¿Por qué experimento esta sensación de culpabilidad?

¿Culpable por reaccionar, sin duda, por reflejos instintivos?-

En verdad, en esos momentos no sabía decirlo, pues se hallaba confusa, terriblemente confusa, incapaz de formularse, dado su estado emocional, un juicio sereno y objetivo sobre lo ocurrido esta noche. Pero a fin de cuentas, no ha ocurrido nada irremediable, nada de lo que tenga que avergonzarse, y no obstante, algo turbio en su interior, algo que no puede o no quiere afrontar, le desazona, le hace sentirse responsable.

¡Cómo desearía en este instante, que nada de eso hubiera sucedido, más aún, que el tiempo retrocediera y todo se desarrollara de otro modo!

Está llorando.

Presiente, que por su inhabilidad, algo íntimo y hondo en su interior se ha marchitado antes de nacer, y que definitivamente se ha deteriorado y perdido.


Deja que sus lágrimas corran libremente. El llanto sin sollozos, aminora al cabo su tensión emocional.

-¿Estoy llorando por mí misma o lloro por tu desencanto?-

Posiblemente está llorando por ambas cosas. Por sí misma reducida a soledad, ¡el torpe y desmañado gesto traiciona y desvirtúa, falsea la verdad del sentimiento! Y por su inhabilidad expresiva, a fuerza de haber estado refrenada por las bridas de una educación y unas costumbres puritanas inhibidoras, incapaz de traducir justamente los más espontáneos, aunque secretos movimientos del ánimo.

-Sí, lloro por ti... y por mí misma. Lloro por ese desgraciado gesto instintivo, que inexplicablemente nos separa esta noche para siempre.

* * * *

 Había llegado hacía nueve días a Londres. El aeropuerto de Heathrow, con sus pistas, se disponía a acogerla. La tarde encapotada, nubarrrosa, de un gris ceniza, anunciaba lluvia.

Aterrizaron sin novedad.

Mientras espera paciente los trámites aduaneros, mirando en torno suyo se deja impregnar por la atmósfera sutil, cosmopolita e impersonal, que emana la gente que transita. Espera, bosteza y se aburre. Un aeropuerto es el lugar idóneo para pulsar la peculiaridad del ser humano, el lugar adecuado para palpar la provisionalidad de la vida. Cada persona en este lugar es simplemente un viajero atomizado, alguien que está de paso a otro destino, que marcha a lo suyo desvinculado de los demás. Si acaso, dos viajeros que casualmente coincidieron en otro lugar de tránsito, intercambian un saludo leve, unas convencionales palabras de cortesía, un gesto ambiguo de reconocimiento. Puntos tangenciales, encuentros epidérmicos sin apenas repercusión ni modificación de futuro. Un aeropuerto es lugar de tránsito, y la gente, los viajeros, debilitados los resortes que habitualmente les mantienen en alerta en el cumplimiento de su papeles sociales, transparentan en esa privilegiada situación, las internas contradicciones de un ser llamado social, aquejado, contagiado, voluntariamente infeccionado de insolidario egoísmo, cumpliendo inconscientemente con una función casi de laboratorio experimental.

Participando en la insolidaridad que presta el anonimato, bracea inconsciente, desligada de compromisos, ligera, libre y feliz por entre la marea de pasajeros del vuelo 107 de la B.E.A. procedente de Madrid.

Pasa por fin la aduana y el control de pasaportes. Muy cerca de ella un oriental, probablemente un indio, discute blandamente con uno de los funcionarios de pasaportes. No pone atención al diálogo, y sin embargo llega a sus oídos, con la nitidez de un angustioso lamento, el problema de ese hombre, un emigrado al que se le está comunicando que sólo dispone de un mes de permanencia en Inglaterra. Junto al hombrecillo, una mujer tocada con un largo y transparente velo azul desvaído, morena, menuda, graciosa, seguramente su mujer, aguarda resignada y en silencio con un niño en los brazos.

Simpatiza de forma espontánea con la gente, pero de inmediato, reacción secundaria y refleja, se esfuerza por ahogar dentro de sí la naciente simpatía que pugna por vincularla a los otros. Asustada se refugia en sí misma, acabando egoístamente por desinteresarse de los demás.

-Soy una solitaria desconsiderada,- piensa.

-Una solterona inabordable y arisca, que fuera del ámbito familiar y profesional sólo vive para sí.-

La vida la ha ido paulatinamente endureciendo, protegiendo con corazas su intimidad sensible, su natural afectuoso y comunicativo, aunque a veces, presionada por la soledad, agobiada por el peso de una medrosa clausura, fluye a la superficie, a los ojos, a la boca, a las manos, la soterrada espontaneidad de un carácter que la impulsa, con oscura e incontrolada urgencia, con imperiosa necesidad a comulgar sencillamente con alguien. Y entonces, enfermedad pasajera, se transforma en una persona nerviosamente comunicativa y amable con cualquier desconocido.

Fuera de esos instantes de ruptura emocional, su mundo sereno y plácido está circundado por los límites de la profesionalidad: su cátedra, sus alumnos, sus investigaciones sobre el arte islámico, y como centro la madre, su celosa guardiana tutelar.

El hombrecillo oriental y su mujer con la criatura en brazos, que duerme indiferente al bullicio que le rodea, permanecen aún en el mismo lugar, asombrados, mareados, perdidos en el tráfico apresurado del aeropuerto. El funcionario ha vuelto a su tarea.

Con su reducido equipaje, lo justo para diez días, se dirige a la salida.

El cielo anubarrado se ha resuelto en lluvia, una fría y fina lluvia que desdibuja el panorama londinense.

Un taxi grande y cómodo la traslada al hotel. Como otras veces, movida por la costumbre que termina por infundirle seguridad, se hospeda en el mismo hotel, e incluso si ello es posible, en la misma habitación. Metódica en sus cosas, siempre telegrafía de antemano reservando habitación.

El hotel, situado en Oxford Street cerca de Hyde Park y frente a Marble Arc, le gusta especialmente por su proximidad al rincón de los oradores. Le encanta en sus viajes por motivos profesionales a Londres, confundirse entre los curiosos que escuchan las peroratas de los diversos predicadores de turno.

Terminados los trámites en recepción, deseando tomar un baño sube a la habitación. Ha pedido una taza de té.

* * * *

Aún no se explica satisfactoriamente, qué oscuro impulso la llevó aceptar en Roma, en un aburrido simposio sobre la arqueología islámica, a encontrarse en el mes de mayo en Londres, con la profesora norteamericana Karen Huxley. La conocía de otras veces, de una manera superficial: un encuentro profesional en Granada, otro en el Cairo, y unas consultas por carta en relación con un poema de Ibn Zamrak, sobre determinadas cuestiones acerca del posible sentido de las cúpulas de la Sala de los Embajadores, y de la Sala de las dos Hermanas, y nada más. ¡Y de improviso, y no por razones profesionales, acepta una invitación, ella tan tímida, a fin de reunirse con una persona casi desconocida en Londres!

Habían simpatizado mutuamente, cuando, tras una áspera discusión entre en profesor Herman Dobelman y la doctora Huxley sobre el sentido cósmico de algunas de las cúpulas de la Alhambra, ambos, de improviso, y viéndola cerca, se dirigieron impetuosamente a su encuentro para rogarla que terciara en la disputa. La agria discusión, ante unos Martini en el bar, se dulcificó y diluyó.

Pasaron juntas los días que restaban de simposio. Tras las ponencias y comunicados, se iban a pasear por el Pincio, o caminaban sin aparente rumbo por el vericuetos de callejuelas del barrio del Trastévere; comían juntas en trattorías y lugares típicos que la doctora Huxley parecía conocer bien, e incluso hicieron una breve excursión a “I Castelli”, visitaron iglesias barrocas y fueron juntas de tiendas... Y hablaban, hablaban libremente, eran y se comportaban como dos mujeres, no como dos especialistas en arte islámico.

Karen le contó, que estaba divorciada hacía ya años. Su exmarido, un profesor de lingüística comparada de la Universidad de Yale, se había vuelto a casar y tenía una hija de su nueva mujer. De sus hijos, un chico y una chica ya mayores, ambos universitarios que vivían sus vidas cada uno por su lado, hacía tiempo que no sabía nada.

-Sabes, están muy afectos a su padre. A mí, no sé por qué, no me tienen excesiva simpatía, creo que me culpan del fracaso de mi matrimonio con su padre.-

Charlan del **amor** y de **los hombres**.

-¿Por qué esa **obstinada soltería** suya? ¿**Te son**, acaso **indiferentes los hombres**?-

-No ciertamente, pero tras problemas de mutuo entendimiento, y algún fracaso sentimental, he terminado por alejarles de mis preocupaciones y vivir para mí misma. Mi madre y mi trabajo, llenan hoy por hoy mi **necesidad de afecto**.-

Dos camparis en una terraza de Vía Véneto, habían estrechado la **incipiente intimidad**. El medio día romano, decembrino aunque pleno de sol, la despreocupada clientela que tomando el aperitivo hablaba y gesticulaba ruidosamente, la vecindad del Pincio y la perspectiva de un agradable almuerzo relajando defensas, había propiciado la **intimidad**.

Con triviales palabras, aunque en tono persuasivo, **la copa con el aperitivo rojo a la altura de los labios**, Karen Huxley sugirió el **posible encuentro**:

-Querida, en la primera quincena de mayo debo ir a Londres. Asunto profesional en principio, y me temo que **aburrido si algún aliciente no temple el panorama**. El profesor Sullivan, Richard Sullivan, ¿le conoces, verdad?, está preparando un trabajo sobre la influencia de la tradición palacial mediterránea de la antigüedad, especialmente los palacios imperiales romanos de la villa de Adriano en Tívoli y la “Domus Aurea” de Nerón, en la disposición constructiva de la Alhambra. Desea confrontar ciertas conclusiones de sus hipótesis con mis investigaciones sobre el tema-mito de Salomón en la arquitectura palacial.

El profesor Sullivan, lo sé, **estaría entusiasmado** si también pudiera dialogar **contigo**. ¡Es un viejo encantador!

¿Por qué, si fuera posible, **no haces un esfuerzo y te acercas** a Londres?-

Hizo una pausa, bebió un sorbo de campari, y continuó:

-¡**Me agradaría tanto**, en una ciudad que **amo, tu agradable compañía!**

Conozco al profesor Sullivan, y **siempre es estimulante un intercambio de ideas y sugerencias** con él. Por otra parte, la fecha casi coincide con **un descanso mío** antes de afrontar un seminario, sobre mis trabajos relacionados con los alzados del Patio de los Leones.-

-**No te prometo nada** de antemano, pero de ser factible, **iré**.-

En los ojos de Karen apareció un imperceptible brillo de mudo agradecimiento. Se estrecharon las manos.

-**De acuerdo, te esperaré. Londres contigo, será delicioso**.-

Al recuerdo de aquel luminoso mediodía de Roma en Vía Véneto, se ha superpuesto subrepticamente, la aciaga memoria del suceso de esta noche. **Gime quedamente y se incorpora en la cama**. Había permanecido largo tiempo de bruces y en silencio. Enciende la lamparilla de la mesita de noche.

-**Karen**, vuelvo a ver **tu rostro**, y veo, **querida**, como se superpone al infantil entusiasmo de aquel día romano, el **dolorido estupor** que reflejó esta noche. ¿Hasta qué punto mi timidez y la sorpresa ante lo inesperado de tu gesto, han determinado mi instintiva repulsa de esta noche?-

Siente un **hondo malestar**, y vuelve a rememorar el desgraciado gesto en el hall en penumbra del hotel. .

* * * *

Cuando el día de su llegada a Londres, el taxi la dejó en su hotel, eran ya las seis y media de la tarde; las oficinas de American Express estaban cerradas.

Karen había escrito a mediados de abril comunicando el día de su arribo a Londres, y como aún no sabía la dirección del hotel en que se alojaría, anunciaba que si se decidía a ir, encontraría su dirección en una carta, a su nombre, en las oficinas londinenses de American Express.

Esa tarde, ya anochecida, tras bañarse y a pesar de la lluvia, decidió salir a dar un paseo. Un impermeable y un pañuelo de cabeza bastarían. La camarera encargada del piso, una gallega que trabajaba en el hotel, que al encontrarse con una compatriota rápidamente entabló conversación y le prestó un paraguas.

Sin alejarse demasiado del hotel, paseó durante una hora por Hyde Park. Londres fue siempre para ella una agradable novedad. En esa hora indecisa del atardecer, ya anocheciendo, las farolas encendidas, los tiernos verdes del césped, el ocre oscuro de los enarenados paseos, el pequeño lago con sus ánades indiferentes a la lluvia, actuaban como un sedante sobre su sensibilidad. Se sentía bien.

Vuelve relajada al hotel y baja al comedor.

El comedor está prácticamente lleno. Se sienta en un rincón, alejada, ensimismada, sola. Hay un aluvión de turistas, especialmente norteamericanos y alemanes. Es un hotel para turistas, anodino y convencional, en el que es posible pasar desapercibido.

De un modo incongruente, y sin razón explicable espera una llamada. Se pone tensa y atiende cuando el camarero, nombrando a un cliente, avisa al teléfono; su nerviosismo y ansiedad son patentes. ¡Como si telepáticamente su amiga, tuviera que saber necesariamente, que se encontraba ya en Londres, y de antemano supiera el hotel en que se alojaba y el número de teléfono!

-¿Por qué me viene a la memoria ahora, tras el recuerdo del rostro contraído y pálido por el esfuerzo de aparecer serena, sólo mis ojos denunciaban sorpresa, dolorida sorpresa por el deseo inconsciente y absurdo de recibir en la primera noche en Londres, en un comedor atestado de desconocidos, una posible llamada tuya que me acercara a un mundo más humanizado, a un mundo amigo, al cual tú, serena y sonriente me tendías la mano?-

La sorpresa la inmuta.

-¿Hubo acaso, Karen, un inconsciente y soterrado deseo en mi interior hacia ti? Si existió en mí algún secreto impulso, ¿pudo ser ese deseo inconfesado el móvil que desencadenó el gesto de esta noche?

La sospecha y la duda la laceran.

* * * *

Londres, tras la ligera lluvia de la víspera, ha recobrado el aspecto jovial de una colegiala de vacaciones en un día de primavera.

Después del desayuno, a las diez y media, tomó un autobús que la condujo cerca de las oficinas de American Express. Le entregaron tras identificarse, una carta a su nombre. En la carta, cariñosas palabras y la dirección de un pequeño hotel familiar.

Busca en la guía el número de teléfono y llama: exclamaciones de alegría. Quedan en comer juntas en un pequeño y acogedor restaurante italiano, “Topo Gigio”, vecino a Picadillo Circus.

Después de la comida pasean despaciosamente, gozosamente por la orilla del Támesis. Parece que no hubieran transcurrido ya cinco meses desde el último encuentro en Roma; el invierno romano, tan suave, se continuaba en la primavera londinense. No hubo censura en el encuentro.

Karen estaba pletórica de vitalidad. Su figura menuda, vestida con un perfecto traje de chaqueta gris azulado, una blusa de seda blanca y un largo pañuelo de gasa de color violeta oscuro que remedaba al desaire una corbata, todo ello la hacía aparecer más estilizada y aguda. Su cabello rubio ceniza, recogido graciosamente en un pequeño moño, sin apenas maquillaje, enmarcaba luminosamente su óvalo perfecto. Se desprendía de ella un discreto y elegante encanto.

-Karen querida, admiro tu elegancia, tu sencillez, tu naturalidad, tu saber estar sin estridencias. Realmente, perdona, ¿no parece americana!-

-Soy de Boston, querida.-

Estas palabras parecían resumir la conciencia aristocrática del mundo aparte de los bostonianos.

La decisión, la independencia, la libre mentalidad americana tan carente de escrúpulos e inhibiciones, aunque fuese de la puritana Boston, tan alejadas ambas en esos momentos de la problemática profesional en que se habían movido otras veces, la deslumbraban. Se consideraba una mujer moderna que había superado por fin tantas cosas, y de repente descubría que sólo un barniz superficial había recubierto la estrecha pudibundez de una provinciana, en la que continuaban imperando, pese a sí misma, los esquemas educacionales de una familia tradicional. No era un escándalo lo que experimentaba, sino el estupor de su propia candidez.

Estaba realmente fascinada.

Karen hablaba de sus fracasos amorosos, de sus amantes, y de qué manera con un compañero de escuela algo mayor, a sus quince años tuvo su primera experiencia sexual.

Hablan de todo menos de arqueología, ambas se sentían simplemente dos mujeres charlatanas en una tarde de primavera.

A tu vez, vencida la barrera de la timidez, cuentas algo de tu vida en la pequeña ciudad de provincias en la que fuiste educada; de la familia, de la madre entregada a ti tan celosamente a los largo de los años, de tus hermanos, y de aquel novio al que renunciaste

en tus tiempos de universitaria, cuando manifestó que si os casabais debías abandonar los estudios. No has querido después, tener problemas sentimentales.

Has expuesto libremente tu idea sobre el amor, la idea tradicional que te inculcaron.

-¡Ah, querida, te mueves en un abstracto y delicioso platonismo judeo-cristiano!-

Rememora ahora esa conversación junto al Támesis, y experimenta de nuevo la extraña sensación punzante, dolorosa, de haber estado movida por algo ajeno a ella misma, y que no obstante la ha ido conformando según su naturaleza, hasta hacerla reaccionar, de acuerdo con el sentir común de las gentes de su medio social provinciano, y en desacuerdo con su íntimo y actual sentido personal.

Después del teatro, Karen se empeñó en acompañarla al hotel, quería comprobar si estaba bien instalada, y no paró de insistir hasta subir a la habitación. Cenaron en el hotel, era tarde y los restaurantes fuera de los hoteles estaban cerrados... Se despidieron. Han quedado en visitar al profesor Sullivan al día siguiente.

Se ha levantado de la cama, aún permanece vestida y se dirige al cuarto de baño. Necesita lavarse los ojos enrojecidos, escocidos por el silencioso llanto; está más tranquila, pero le embarga una extraña lasitud.

Mira hacia los pies de la cama, donde Karen se había sentado cuando subió a la habitación, y de nuevo le invade una oleada de emoción. El recuerdo la domina, y rememora amargamente cada uno de los pequeños detalles que rodearon la corta, aunque grata, intimidad.

* * * *

El profesor Richard Sullivan vivía en las afueras de Londres, en una preciosa casita con jardín que cuidaba él mismo. Era viudo de años y sin hijos. Vivía solo, con un ama de llaves que le adoraba y estaba pendiente de sus mínimos gestos.

Llegaron a la casa a la hora del té. El ama de llaves, a petición del profesor y tras consultar a los huéspedes, lo sirvió en el estudio.

-Perdonen, pero estaremos más cómodos, además tenemos a mano los libros.

Estuvieron hablando largamente sobre la Alhambra. El profesor exponía sus teorías sobre la influencia de la concepción de los palacios de la antigüedad en la disposición constructiva del palacio nazarí. Estuvo de acuerdo con su colega española sobre que el complejo del Patio de los Leones, respondía a distintas preocupaciones que el Patio de los Arrayanes. Mistres Huxley, como la llaman sus colegas en reunión de especialistas, introdujo en la conversación el tema del mito de Salomón y su palacio, tal y como aparece, dijo, en un poema de Ibn Gabirol.

Sullivan se alzó del asiento, y con la taza de té en la mano se dirigió a la estantería que ocupaba, espesa y recia, fuera de los vanos de los ventanales que daban al jardín y de las dos puertas, todas las paredes de la habitación. Tras recorrer con la vista una hilera de volúmenes de desigual tamaño, a la derecha de la mesa de trabajo y al lado de uno de los

grandes ventanales, tomó un libro, y volvió gozoso a su sitio. Se lo entregó a Mistres Huxley.

-Aquí están los poemas. Selomo Ibn Gabirol. Poesía Secular.-

Karen Huxley, tras hojear el índice, buscó en sus páginas hasta dar con el poema señalado por primera vez, en la interpretación de la Alhambra por Frederick Bargebuhr, y leyó las estrofas que aludían al tema.

El profesor les instó a que se quedaran a cenar, y tanto durante la cena como en la larga sobremesa que la siguió, continuaron hablando del enigmático palacio granadino. ¡Noche y conversación de especialistas!

Durante esa larga tarde de conversación especializada, en la cena y en la sobremesa, la mirada furtiva de Karen, se detenía como de pasada, estática, obstinada, intensa en su compañera. Era una mirada extraña, en la que parecían confundirse un sentimiento protector materno, y una inconfesada complicidad de amante amiga; una mirada, cuando se encontraba con los ojos de la amiga, no exenta de ironía y punzante regocijo ante la postura suficiente de un hombre, el profesor, que aun exponiendo sus teorías, traslucía no obstante, una inconsciente y petulante superioridad masculina.

Bajo la punta de iceberg de los profesionalismos y la educación, se adivinaba la compacta y profunda masa de una diferenciación sexuada, un hombre y dos mujeres, no solamente en la manera de enfocar las cuestiones y el tono de las palabras, o desde las diferentes experiencias vividas en el marco de distintos ambientes familiares, cada uno con su precisa y peculiar mentalidad, sino de la diversa educación recibida en el ámbito de una sociedad y una cultura, la occidental, que aunque común en sus supuestos, continuaba fuertemente regionalizada; y no obstante, se intuía que a pesar de las diferencias de configuración personal, la materia básica era la misma: la turbia elementalidad de los humano. . .

* * * *

Vivieron en Londres, hasta esta noche infausta de desencanto, la despreocupada y feliz camaradería de dos mujeres maduras unidas por la misma curiosidad ante la vida: museos, teatros, tiendas... y charla.

Y, sin embargo, había algo disonante, imperceptiblemente disonante en la intimidad de las dos amigas: la mirada obsesiva, fascinada y furtiva de Karen a su amiga. Semejaba la mirada experta de un tasador de joyas frente a una pieza única.

Esa tarde fueron al teatro. En la Haymarket Theatre ponían una obra de Edna O'Brien, Virginia Woolf. Estaba interpretada por Maggie Smith. Les habían comentado la asombrosa identificación, incluso física, de la Smith con la escritora. Ese día había en el teatro dos funciones. Fueron a la primera representación, a las cuatro de la tarde.

Después de la función, como era temprano acudieron a tomar una copa, y a cenar a un restaurante de ambiente recogido e íntimo próximo al teatro. Se lo habían recomendado por su excelente pescado a la escocesa.

Hablaron de la obra y de la actriz, de la pálida, esbelta, ingrávida, mágica figura de Maggie Smith: el mismo traje sobrio y desmadejado, el mismo pelo gris claro abierto hacia las sienes de la escritora, la identificaba prodigiosamente con Virginia.

De las consideraciones sobre la interpretación de la actriz, pasaron imperceptiblemente a hablar de Virginia Woolf y de su trágico y deliberado final, de sus problemas con el imperioso tirano de su padre, un tirano ilustrado, pero tirano; del asedio libidinoso a que la sometía su hermanastro George y del trauma que dejó en su vida, que posiblemente fue el determinante de su posterior reacción de pavor ante los hombres; de su feliz y amigable matrimonio con Leonard y de la íntima amistad que la unió a Vita.

La conversación derivó, de forma natural, hacia la relación entre mujeres, lo que suele llamarse relación lesbiana.

Karen hablaba, hablaba con íntimo y profundo convencimiento:

-Hay mujeres que experimentan una profunda carencia afectiva en sus relaciones con los hombres. Están afectadas de aridez sentimental. Ciertos hombres, ya sea por inhabilidad, desconocimiento de la peculiaridad femenina, o menosprecio, apenas caen en la cuenta de la necesidad que tiene la mujer de una amorosa y personal comprensión. Necesita ser tratada como una compañera, como una persona y no como una cosa, pero esto es sólo un problema de nuestra civilización, manipulada e historada por los hombres.-

En su voz incisiva, aunque queda, vibraba una nota de amarga rebeldía.

-Fíjate querida en muchas de esas mujeres: si son madres, acaban refugiándose en los hijos, volcándose en ellos de una manera mórbida, obsesiva, avasalladora, y lo que es más grave hablando desde un punto de vista psicológico, pretendiendo hallar en ellos inconscientemente tantas veces, un sustitutivo emocional a su frustrada relación con el hombre. El marido para ellas, pasa a un segundo plano, se limitan a una relación sexual pasiva cuando él lo necesita, y si no buscan y encuentran un amante comprensivo que las compense, serán los hijos los que absorban todas sus energías vitales. Estas mujeres, normalmente acaban frías y amargadas.-

Karen continuó, persuasiva, emocionada.

-La relación amorosa entre dos mujeres, ¡tantas veces!, no es, como quizás pudiera afirmarse lo mismo de dos hombres, necesariamente homosexual y en el sentido que se ha dado habitualmente a esa palabra. Aunque en muchos casos puede que sea así, caben relaciones amorosas, verdaderas relaciones amorosas, no fundadas primariamente en el sexo, no obstante ser el sexo un necesario componente en la relación convivencial, sino fundadas en la rica interioridad personal, que al no encontrar resonancia en el otro, se vuelve menesterosa de comprensión y afecto hacia otra persona de su mismo sexo, en este caso otra mujer, a la que sólo le pide una reciprocidad afectiva...-

La amiga, escuchando emocionada y atenta, apenas ha probado bocado.

El recuerdo de Virginia y de su íntimo drama reavivado por las delicadas y cálidas palabras de Karen, flota sobre ellas como un callado reproche a ese destino histórico de

una mujer, sensible, inteligente y culta, obligada a transgredir las normas de conducta de una sociedad.


Decidieron tras la cena caminar un rato. La noche estaba agradable y pensaron que un paseo les sentaría bien. Bajaron en silencio hasta Trafalgar Square, el río estaba cerca y se encaminaron hacia él. Apoyadas en el pretil del puente que cruza el río cerca de la Abadía, contemplaban ensimismadas el agua oscura, mansa y misteriosa que fluía bajo el puente hacia un final seguro, encauzada, encorsetada por artificiales márgenes que la disciplinaban a su paso por la ciudad, y que de no ocurrir un acontecimiento anormal, un maremoto o una inesperada crecida, transcurriría serena hacia la mar. Las farolas encendidas, reflejadas de forma invertida en el agua, semejabán una doble hilera de luces vigilantes y guardianas de la costumbre sobre el río. Al cabo de un rato, se dirigieron a la placeta de la Abadía, a un paso del río, donde permanecieron silenciosas, sumidas en sus propios pensamientos, y quizás sobrecogidas por el recuerdo de Virginia, de su fatal decisión de adentrarse con piedras en los bolsillos, para morir en las aguas del río Ouse.

El reloj del Parlamento dio las diez y media.

Tomaron un taxi que las condujo al hotel de Karen. El hall estaba vacío. La gobernanta, habitualmente tras la mesa de recepción, no estaba en su puesto. La luz en el hall era tenue. Karen la invita a subir a su habitación, pero ante las manifestaciones de cansancio de su compañera, que tiene que tomar al día siguiente el avión de regreso a Madrid y prefiere volver inmediatamente a su hotel, no insiste.

Se despiden como siempre, de una manera convencional: besos en la mejilla. Y de pronto...

* * * *

 Ahora en su hotel, cansada, mientras va al cuarto a mojarse los enrojecidos ojos, lo rememora.

-Sólo cabe una explicación a mi instintiva y muda repulsa: los hábitos adquiridos y la lenta conformación amaestradora de una educación tradicional, han podido desencadenar mi automática reacción ante lo inhabitual, Karen, de tu gesto.-

El factor sorpresa, en contra quizás de un íntimo deseo no formulado, ha jugado su partida.

En medio de lo convencional de la despedida, en el hall casi en penumbra, las caras juntas, las bocas en las mejillas, Karen da un suspiro y de improviso, su boca entreabierta y húmeda busca apresurada la otra boca, que asombrada se entreabre; su lengua, una áspera y cálida lengua, impaciente, aguda, penetrante, horada la otra boca y frota ávida y rápidamente. Invasión por un súbito espanto, despavorida, la amiga se hurta a la caricia, e instintivamente ladea la cabeza. La boca de Karen, rechazada por el nervioso y automático gesto, resbala desmayada hacia el cuello y remansa su ardor suavemente, delicadamente en el hombro de la amiga. Permanece aún unos minutos sobre el cuello, la cabeza agostada sobre el hombro, la boca ya cerrada.

Confusa, desconcertada, la amiga estuvo a punto de llorar...

Karen al fin se ha erguido muy pálida. Ha mirado a los ojos de su amiga con tierno y manso reproche, y aparentemente repuesta, aunque fatigada, dice con voz ligeramente enronquecida:

-¡Poetic justice!

All right, Darling, sorry.

¡Poetic justice!-

Nostálgica y lejana la mirada, la voz amarga y ácida prosigue queda:

-Es justo. A quien me ama no amo, a quien amo no me ama.-

Sin una palabra, los sollozos pugnando por salir de su garganta, avergonzada de sí misma la amiga huye.

Ha partido de Londres sin verla. Ha enviado una nota al hotel y ha huido como una delincuente sorprendida.

En el aeropuerto, pasada ya la puerta que conduce al pasillo que desemboca en el avión, presintiendo una presencia ha vuelto la cabeza y ha creído verla callada, sola en medio de la gente que despide a los suyos o que espera. ¿Fue una ilusión de los sentidos esperanzados, o realmente ella estaba allí?

Nunca lo sabrá, pero algo en su interior le premoniza melancólicamente, una definitiva y mansa soledad.

-Adiós Karen. Querida, querida Karen...-

* * * *

Está trabajando en su estudio. La mesa atestada de libros y papeles, apenas ofrece espacio a un atril pequeño con un libro abierto.

Leía atentamente, tomaba notas.

Es casi mediodía y un sol mediterráneo audaz y jubiloso, evidencia la estancia con descaro.

Ha entrado la madre con cartas y un pequeño paquete en sus manos.

-Niña, el correo.

Trabajas demasiado.

Anda niña, niña descansa un rato.-

Ha levantado la cabeza, ha sonreído, se ha alzado de la silla y avanza hacia la madre. La besa.

La madre, entregado el correo se demora, curioseando remolona por la habitación. Finge la búsqueda de una inexistente mota de polvo, esperando enterarse del contenido de las cartas y del paquete. Vive pendiente de la hija.

Esta mujer madura, pasados ya los cuarenta, la despide con amables palabras. Tiene que trabajar, las clases no esperan.

Ha dejado las cartas sobre la mesa y abre el paquete... ¡es un libro!

Mira el título del libro y el nombre de su autor.

“A Stylistic Interpretation of the Alhambra” - Herman and Karen Dobleman

Se sienta desfallecida en una mecedora.

Una dedicatoria en la primera página la fascina:

*“A María, sin cuya intervención, no hubiera sido posible
nuestra colaboración, ni este libro.”*

Acaricia morosamente el libro recibido y relee una vez más la dedicatoria, luego, depositándolo sobre **su regazo, cierra los ojos.**

Entretanto **la mano**, tercamente independizada del relajado gesto, **ha seguido maquinalmente acariciando: bajo la monótona caricia**, el libro adquiría el signo cierto de una antigua **pertenencia sustraída** y, ahora, finalmente recobrada.

Permanece inmóvil, pensativa.

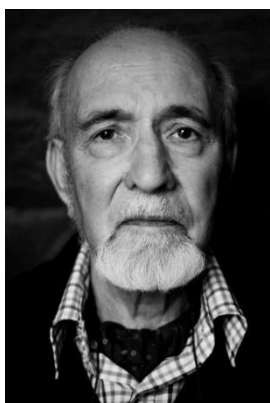
Rememora.

Todo a su alrededor queda en suspenso

Luego, **la mecedora**, paralizada un tiempo, **reanuda** de pronto **su vivo vaivén rítmico.**

La mano, sin embargo, **se demoraba aún en la caricia...**

ooo00ooo



© [Julián Casado Lamoca](#)

“Artista constructivista, maestro de la luz y maestro de vida”